

Tópicos y desencadenantes de la infidelidad femenina en *L'Amour aux champs* (1913) de Gyp

Raquel GARCÍA FUENTES

Université de Tours

raquel.garcia@univ-tours.fr

<https://orcid.org/0000-0001-6926-7414>

Resumen

En este estudio, analizaremos el subversor tratamiento que la condesa de Martel, conocida con el *nom de plume* de Gyp (1849-1932), otorgó a la infidelidad femenina y al acoso callejero al que se enfrentaron sus heroínas. En *L'Amour aux champs* (1913), Gyp desmintió varios de los mitos y estereotipos de género con los que el discurso patriarcal cronifica, todavía hoy, sendas problemáticas. La escritora francesa quebrantará también esa línea divisoria que situaba a las parisinas en el libertinaje frente a la supuesta virtuosidad de la mujer campesina. Para desarticular estos modelos estandarizados, Gyp demostrará que el adulterio femenino emanaba, en numerosas ocasiones, de la violencia psicológica que algunos esposos infligían a sus compañeras al confinarlas en un letárgico entorno rural.

Palabras clave: condesa de Martel, acoso callejero, adulterio femenino, amor rural, violencia de género.

Résumé

Dans cette étude, nous analyserons le regard subversif à travers lequel la comtesse de Martel, connue sous le nom de plume de Gyp (1849-1932), a examiné l'infidélité féminine et le harcèlement de rue auquel ses héroïnes ont dû faire face. Dans *L'Amour aux champs* (1913), Gyp a démenti plusieurs des mythes et des stéréotypes de genre avec lesquels le discours patriarcal perpétue encore ces problématiques. L'écrivaine française brisera d'ailleurs la ligne divisoire qui identifiait les Parisiennes au libertinage face à la soi-disant virtuosité de la femme paysanne. Afin de renverser ces modèles normalisés, Gyp démontrera que, très souvent, l'adultère féminin provenait des violences psychologiques que certains maris infligeaient à ses compagnes en les confinant dans un environnement rural et léthargique.

Mots clé : comtesse de Martel, harcèlement de rue, adultère féminin, amour rural, violence fondée sur le genre.

* Artículo recibido el 15/09/2021, aceptado el 20/12/2021.

Abstract

In this study, we will analyze the precursor approach proposed by the countess of Martel, known as Gyp (1849-1932), towards women's infidelity and the street harassment faced by her heroines. In *L'Amour aux champs* (1913), Gyp refuted several of the myths and gender stereotypes whereby the patriarchal society still perpetuates both issues. The French writer also broke that fine line which identified Parisian women to licentiousness in contrast to the supposed virtuousness of the rural ones. In order to break down these standardized models, Gyp will show that, in many cases, female adultery resulted from the psychological violence that some husbands inflicted on their wives by confining them in a lethargic rural environment.

Keywords: countess of Martel, street harassment, female adultery, rural love, gender-based violence.

1. De los placeres mundanos de la *ville lumière* a la apacibilidad de los campos

Refractarias al arquetipo decimonónico de feminidad —el «ángel del hogar»—, en la literatura de la condesa de Martel, las mujeres gozarán de un marcado protagonismo, intentando siempre disponer de sus propias vidas y refutando los dictámenes de la tradición patriarcal. Pese a todo, esta toma de libertades no será óbice para que varias de sus protagonistas comenzaran dicho proceso de empoderamiento desde una postura puramente *alterocentrista*. Una virtud considerada inherente a la condición femenina, según la cual el colectivo femenino tenía el don y el deber de entender las emociones ajenas, especialmente las de su esposo y progenitura, pero sin atender las suyas propias (García Fuentes, 2020: 491). Será este interiorizado *alterocentrismo* el que marcará un punto de inflexión en la vida de Yvonne de Brias. Esta joven virtuosa de la alta sociedad no dudará en sacrificar su plácida vida parisina para partir al campo junto a su esposo, Antoine de Brias, después de que éste la siguiera y la avistase con uno de sus pretendientes, el general de Achères, sin que, no obstante, ella hubiese contemplado nunca la posibilidad de serle infiel.

Tras sufrir en silencio sus recurrentes crisis de celos, Yvonne dejará atrás su vida en la capital con la única meta de devolverle la felicidad a su agitado esposo, vilmente celoso hasta de los «transeúntes» (Gyp, 1913: 8). Si bien la protagonista aseveraba estar dispuesta a trasladarse a su nuevo domicilio campestre, acompañada de la familia de Antoine, Gyp dejará entrever que esta decisión recaía únicamente en su autoritario marido, quien, sabedor de que Yvonne era cortejada y codiciada por todos los esnobs y demás señores elegantes de París, no parece parar mientes en la opinión de su compañera:

La comtesse se tourna vers sa petite-fille :

– Et toi, Yvonne, qu'est-ce que tu en penses, de cette idée de vivre dans « la paix des champs », comme dit ton mari ?...

Brias affirma vivement :

- Mais nous sommes d'accord...
- C'est à ta femme que je m'adresse et pas à toi... (Gyp, 1913: 20).

Conocedora de la subyugación a la que Yvonne estaba sometida, la condesa de Attigny era incapaz de comprender que su nieto anulara la felicidad de su mujer, mediante este «aislamiento» y «trasplatación» a la vida provinciana, que únicamente beneficiaría a sus infundados celos (Gyp, 1913: 20, 61). El sentimiento de sororidad que Gyp forjó entre sus protagonistas femeninas irá, pues, a contracorriente de la narración hegemónica androcéntrica. Bien es sabido que una de las prácticas narrativas más usuales y simbólicas del discurso patriarcal consiste en censurar cualquier vínculo amistoso entre las mujeres, impulsando la misoginia o la enemistad femenina a través de la envidia o la competitividad. En el círculo familiar, la antipatía tradicional entre nueras y suegras brillaría por su ausencia en la obra literaria de Gyp. En todas sus novelas, y de manera más especial en *L'Amour aux champs* (1913)¹, la escritora erigió una sólida relación de amistad entre la heroína y su abuela política, gracias a la cual desmitificó la perpetua hostilidad que, tradicionalmente, había unido a ambas. Esta unión de sus personajes femeninos para alzar la voz contra la opresión masculina se verá claramente reflejada en el comportamiento imparcial de la Abuela, quien adoraba a la mujer de su nieto, a la vez que condenaba con vehemencia la misoginia de éste. En expresión de Gyp (1913: 20), la condesa de Attigny reprobaba con gran desprecio el «egoísmo» de su nieto Antoine, y del colectivo masculino en general, por recluir a las mujeres entre las cuatro paredes del hogar doméstico, supeditándolas a una rutina de quehaceres fijos con la que quedaban exentas del ocio y solaz de la esfera pública. Esta desigualdad de género no tardó en ser advertida por Yvonne, quien confesaba amargamente a su marido la abulia y la apatía que, contrariamente a él, le generaba su apacible vida rural:

- Est-ce que tu t'ennuies ici ?...
- Elle répondit, sincère :
- Je ne m'ennuie pas, mais je ne m'amuse pas non plus !...
- Pourquoi ?...
- Dame !... je ne sais pas trop !...
- C'est singulier !... Moi je trouve que nous vivons ici d'une adorable vie...
- Toi, oui !... parce que tu t'occupes d'un tas de choses, alors que tu ne t'es jamais occupé de rien... Moi, c'est le contraire... à Paris, j'étais distraite par mille riens qui manquent ici...
- Par exemple ?...

¹ Aunque a diferencia de gran parte de su obra, en *L'Amour aux champs*, la autora no establece un vínculo entre la nuera y su suegra propiamente dichas, la relación entre ambas sigue siendo análoga. La condesa de Attigny es la abuela de Antoine de Brias. El parentesco que guarda con Yvonne puede designarse, por tanto, como abuela política o con el neologismo de «prosuagra».

– Par exemple, les expositions, les musées... [...] (Gyp, 1913: 37).

De este enclaustramiento forzado daba fe Pio Baroja (1872-1956) al señalar que «nadie iba por gusto al campo», si bien, una vez en él, era menester que las mujeres conservaran las excelsas virtudes que el discurso hegemónico asignaba al artificio de «feminidad tradicional»:

De esto se debe tratar, de que se viva en el campo sin ser un bruto, de que la mujer no sólo no huela á ajo, sino que sea limpia, bien vestida, agradable, inteligente y de que tenga la coquetería y la gracia naturales en ella. Y que es armonizable vivir en el campo y leer libros, periódicos, tener sociedad y vivir como civilizado [...] (Baroja, 1907: 2).

Si el insigne escritor donostiarra no iba desencaminado en advertir que trasladarse al entorno rural no debía ir emparejado con una desafección intelectual, lo cierto es que algunas heroínas de Gyp así lo sufrieron. De este modo, Antoine de Brias no sólo impidió a su mujer encargarse de cualquier actividad, ya fuese intelectual o atinente a los cuidados domésticos, sino que la abandonaría a su suerte, permitiéndole como únicos pasatiempos escribir cartas o cantar en las veladas mundanas celebradas en el hogar. En contraposición, Antoine se encontraba absorto en su incipiente carrera política y en la ganadería: «Et, plus le public s'inquiétait de la jeune femme devenue inoccupée, moins son mari – occupé pour la première fois de sa vie – avait l'idée de s'inquiéter d'elle» (Gyp, 1913: 61). Esta escisión espacial que supeditaba a los seres humanos a lo público y lo privado, en función del género asignado al nacer, fue ampliamente promulgada por la prensa del primer tercio del pasado siglo. Fueron diversas las crónicas francesas y españolas en las que se censuró rígidamente el éxodo a las grandes urbes de muchas jóvenes, sobre todo trabajadoras, quienes ávidas de libertad, dejaban atrás el arquetipo de «ángeles de paz» que el discurso dominante había ideado para ellas:

La misión de la mujer es muy grande y compleja, y necesita muchas cualidades y conocimientos. Como madre de familia, tiene la difícil tarea de educar a los hijos, siendo pocas las que lo entienden bien; han de saber alimentar bien y económicamente; han de conocer la higiene y la economía rural; han de preocuparse del orden para el trabajo y para la moralidad; han de saber cuidar los animales, llevar buena administración y ser ángeles de paz (Anónimo, 1913: 2).

Así lo insinuaba *El Día de Palencia* (1891-) en una crónica titulada «La mujer en el campo» al lamentar que si elevada era la emigración de los campesinos, no era menor la de las mujeres, quienes cada vez más, se trasladaban a las ciudades para ganar una «exigua soldada» a cambio de un trabajo incesante: «no sé por qué las jóvenes

suspiran para ir a perderse en la ciudad, dejando la tranquilidad y la vida del campo», aseguraba el escritor José Rosell en *El Cultivador Moderno* (Anónimo, 1913: 2). Al otro lado de la frontera pirenaica, más clarividente se mostraba Marcel France, quien mantenía que la joven paisana, fuese cual fuese su condición familiar, rara vez se contentaba con su destino actual y temía el que estaba por llegar, a la vez que se interrogaba por los motivos de esta aversión campestre: «elle n'aime pas la vie des champs et vraiment qu'a-t-on fait pour la lui faire aimer et l'y préparer avec une perspective agréable ?» (France, 1911: 1). Empero, quien fuese redactor del diario *Le Républicain* (1902-1920) no sería lo suficientemente visionario para adivinar que la insatisfacción de las jóvenes campesinas no radicaba, como él sostenía, en la carencia de una educación rural y doméstica que les permitiera vivir en el campo con esa «relativa elegancia» innata a su «sexo» (France, 1911: 1). Tampoco se debía a las laboriosas tareas que sus maridos les encomendaban, sino que esta aversión emanaba, más bien, de la ausencia de actividades que cultivaran su existencia como individuos de pleno de derecho.

Con los siguientes términos lo corroboraba Gyp al deplorar la falta de ocupación, y de ocio, que sufría su protagonista: sin trabajo, museos, teatros y sin todo ese «movimiento mundano» para el que estaba hecha a medida (Gyp, 1913: 20, 27)². A su parecer, resultaba incontestable que «la paz del campo» únicamente beneficiaba a aquellos hombres que allí encerraban en vida a sus esposas, despojándolas del derecho a ejercer su libertad. Buena prueba de ello nos la ofrece la prensa de entre siglos que, no sin ciertos ribetes de jocosidad, reflejaba cómo muchos hombres celosos y terribles enterraban a sus mujeres en el campo. Aunque la primera razón que esgrimían es que les gustaba la tranquilidad de la vida campestre, sin lugar a duda, el motivo principal era que «aquello» resultaba «maravilloso» desde el punto de vista familiar. El «punto de vista familiar» era, según la acertada expresión del novelista francés Arthur Arnould (1833-1895), que la mujer no viese ni hablase con nadie más que con su marido (Matthey, 1884: 1), imposibilitándole, así, convertirse en un agente activo de la sociedad. De tal preeminencia gozó Antoine de Brias, quien disfrutaba de una tranquilidad y de una quietud absoluta que nunca había conocido en París (Gyp, 1913: 60). En cambio, para zozobra de las mujeres de su entorno, ni su abuela ni su esposa ni su

² Marcel France (1911: 1) aseguraba que un elevado porcentaje de mujeres en el campo, incluso mayor que el de las grandes ciudades, no sabían coser ni cocinar y era esta ignorancia la que recaía en el destino de las familias, entrañando lamentables consecuencias. A su juicio, la mujer era la providencia o la ruina del hogar, hallándose en ella la clave de la alegría o la aflicción de la familia. Las jóvenes que así procedían arruinaban el estómago, los ahorros y la felicidad de los miembros de la casa. Para solventar esta problemática, France aseveraba que el remedio se encontraba en la educación de estas jóvenes, a quienes había que inculcarles desde las escuelas la higiene de la vivienda, la limpieza de los corrales, la conservación de los establos o la disposición de un jardín lleno de flores vivaces, entre otras actividades de análoga índole. Así, se les insuflaría el gusto por la vida campestre, donde vivirían satisfechas porque este mantenimiento rural sería el fruto de su propia obra. Gracias a ello, se ganarían el aprecio de sus congéneres masculinos, quienes, al verlas así de resplandecientes, ya no les dejarían las tareas más «pesadas» ni «engorrosas».

cuñada eran capaces de apreciar este escenario bucólico: «je ne goûte pas beaucoup, moi, les douceurs de la paix des champs et je trouve que, rue de Grenelle, nous étions joliment plus heureux !» (Gyp, 1913: 75), afirmaba Madame d'Attigny presa de una profunda irritación.

En *L'Amour aux champs*, la dramaturga francesa nos expone, por tanto, las tentaciones a las que queda expuesta una ociosa y distinguida familia parisina, al trasladarse a esta población rural del noreste de Francia. Más allá de Yvonne de Brias, de estas aventuras amorosas tampoco quedará exenta el resto de la familia. Si Fred, el nieto menor de la condesa de Attigny, mantendrá un devaneo amoroso con una mujer galante de dudosa reputación; Suzette, la hermanastra adolescente de Yvonne, empezará a cartearse con un innoble profesor suizo. Unos idilios pasajeros que habrían podido llegar a mal puerto si no fuese por la presencia en el castillo de esta abuela perspicaz, que sigue desde lo alto la comedia y sabe intervenir en la ocasión oportuna. Así y todo, la agudeza de la condesa de Attigny no será suficiente para desviar a Yvonne del ineluctable camino hacia el adulterio.

Extremadamente complaciente y sojuzgada por la voluntad marital, Yvonne se quedará sumamente perpleja y vacía en su nueva vida campestre, donde en vez de disfrutar de las actividades de asueto de la *ville lumière*, se hallará en el tedio más absoluto, sobre todo, si tenemos en cuenta que la única labor que le estaba permitida –la gestión del hogar– también fue asumida por la abuela de su marido. Abandonada por su autoritario esposo, y tras entrar en contacto con el mismo hombre que la cortejaba en París, Madame de Brias empezará a fantasear, esta vez sí, con la posibilidad de serle infiel a su marido, si bien tal adulterio nunca llegará a consumarse: «Un an de désœuvrement et d'ennui avait suffi à l'amener à ce point qu'elle acceptait parfaitement l'idée de tromper Antoine, si l'impossibilité matérielle n'empêchait pas que cela ne fût» (Gyp, 1913: 71). En apenas unos meses, esta persistente sensación de desidia inducirá a la heroína a poner en entredicho la servidumbre de un insípido matrimonio que, hasta entonces, había monopolizado su existencia.

2. Los *suiveurs de femmes*: mitos y estrategias de evasión ante un persistente acoso callejero

A contracorriente de la tradicional creencia que todavía sostiene que el hostigamiento sexual es poco frecuente, Gyp pondría de realce la frecuencia con la que sus heroínas no sólo eran perseguidas, sino también interpeladas en la gran urbe, ya fuese mediante los atentos requiebros de sus pretendientes o con proposiciones de lo más prosaicas, pronunciadas por meros desconocidos (Gyp, 1913: 11-12). Una cortesía lingüística que, como apunta Jordi Luengo, resultaba ser unidireccional, pues únicamente los hombres gozaban del «derecho a exteriorizarla, sin tener, en ella, las mujeres, como receptoras de dicha manifestación, el beneplácito de replicar con vocablos de análoga naturaleza» (Luengo, 2018: 108). De este fenómeno dio constancia la novelista francesa

a través de su heroína, quien aseguraba preferir el silencio frente a las miradas lascivas o las galantes florituras que les regalaban algunos hombres: «Elle se rendit compte qu'elle l'avait regardé sottement et que c'était sa faute, mais tout de même, elle pressa le pas. Le monsieur allongea aussi, gardant sa même distance» (Gyp, 1913: 11), llegando a convencer de que era ella quien había provocado tal incidente.

Lejos del extendido mito de que las mujeres provocan ser acosadas sexualmente por sus gestos y su vestimenta, la condesa de Martel también mostró serias reservas hacia esta equívoca creencia. Si bien se trataba de un mito interiorizado por la propia protagonista, éste no tardará en ser puesto en tela de juicio por su vacuidad. Un claro indicio de ello nos lo ofrece el hecho de que la abuela política de Yvonne le aconsejara ataviarse con prendas coloridas, en lugar de sus tonos negros habituales, animándola a hacer caso omiso de las miradas ajenas. Un consejo que la heroína seguirá con confianza, mostrándose indiferente ante los zaherimientos que su ropa suscitaba: «C'était peut-être sa robe verte, très verte au soleil, qui lui attirait cet ennui. [...] Peu lui importait qu'il la prît par une grue. Oui... mais pourquoi la prenait-il pour une grue?... à cause de sa robe probablement?...» (Gyp, 1913: 11, 12). La identificación de la indecencia femenina con prendas ajustadas o coloridas –prejuicio que no sólo era exclusivo de las grandes ciudades³– gozó de un notorio espacio en la literatura periodística de inicios del siglo XX, donde se disuadía a las lectoras del uso de prendas deshonestas.

A tenor del discurso moral consuetudinario, el principal desencadenante de las vejaciones callejeras estribaba, ante todo, en la propia responsabilidad de las mujeres. En opinión de J. García Bermejo (1915: 23), eran ellas quienes tenían a su alcance la posibilidad de deshacerse de este asedio, ya fuese adoptando un mayor recato al vestir y desechando esas modas deshonestas; optando por una menor desenvoltura en sus ademanes al circular por las vías públicas, o bien reclamando el auxilio de la autoridad para liberarse del galanteador en cuestión. Sin embargo, para este cronista de *La Correspondencia de España* (1859-1925), resultaba evidente que las damas, por timidez o por no oponerse a las corrientes modernas, no hacían nada de esto y, según sostenía, nunca lo harían (García Bermejo, 1915: 23). De estas líneas se desprende un neto discurso de revictimización hacia las mujeres acosadas en la esfera urbana, en tanto que se sobreentendía que esas damas «indefensas» eran las únicas responsables de la

³ La prensa del primer tercio del siglo XX también constituyó un medio disuasor de esta nueva estética, donde a través de la función conativa o apelativa del lenguaje, se alentaba al público masculino a reprender esta conducta «impudorosa». Un claro ejemplo de ello nos lo ofrece el/la siguiente redactor/a anónimo/a del periódico alicantino *Fontilles* (1904-), quien aseveraba que el escándalo solía pasarse «desvergonzado y como triunfante» por las calles y las plazas, tanto en las populosas ciudades, como en las poblaciones más pequeñas, para lo cual, era suficiente fijarse en el vestido indecente de las mujeres o de los niños, cuya culpa recaía exclusivamente en ellas. De esta manera, animaba a los lectores que tropezaran con una mujer «medio desnuda» por la calle a reprender su conducta con jotas como las siguientes: «Ojalá que te cogiera el frío de la terciana, no andarías tan desnuda ni con las medias tan claras» (Anónimo, 1926: 27).

subsistencia de esta costumbre, debido a su incapacidad para imponerse o verbalizar el acoso sufrido. Una reacción ambivalente cuyo origen no era otro que la indefensión aprendida y que, en cierto modo, también era exteriorizado por Gyp cuando narra cómo su heroína se debatía, desde su fuero interno, entre acallar o consentir los importunos comentarios de algunos conocidos, a la vez que se culpabilizaba por cómo su falta de asertividad constituía un aliciente para el acosador:

- Je vous en prie... – dit Yvonne qui s’agaçait peu à peu – ne me faites pas de compliments, j’ai ça en horreur...
- Devant la mine chagrine d’Achères, elle eut un remords et corrigea :
- Ici... ici surtout... où je voudrais regarder en paix ce qui m’amuse... [...]
- Vous ne mettez pas de corset, n’est-ce pas ?...
- Je croyais que vous ne deviez plus parler ?...
- Vous avez une taille merveilleuse !... une taille unique...
- Unique !... c’est convenu !... (Gyp, 1913: 15).

Es curioso constatar que Gyp alentara a lucir un vestuario libre a través de la condesa de Attigny, una mujer octogenaria, dado que, lejos de esta connivencia femenina y conforme a los preceptos del discurso patriarcal, resultaban ser las propias mujeres quienes condenaban con mayor severidad esta indecorosa moda⁴. Así, en función del grado en que las mujeres subvirtieran los códigos estéticos impuestos a su género, se las anatematizaría de «indecente», «mujer fácil» o «prostituta» (Gyp, 1913: 11-12). La represión de la libertad estética y conductual a la que se veían sometidas las mujeres resultaba ser más intensa en el caso de las españolas, quienes mostraban un mayor apego hacia el ideal de castidad, de perfectas amas de casa y de «feminidad exquisita» con el que el discurso patrimonial las identificaba. Tal y como alertaba la escritora española María de la O Lejárraga (1874-1974), ello se debía a que, en las primeras décadas del siglo XX, las mujeres españolas aún no estaban lo «convenientemente educadas» para reivindicar los derechos que merecían (Martínez Sierra, 1915: 32; Luengo, 2016: 131), en comparación con sus compañeras francesas –y, en general, sus congéneres europeas–, más propensas a subvertir la dogmática patriarcal, debido en parte a un

⁴ De este modo lo acreditaba el semanario humorístico *Gutiérrez* (1927-1934), donde, en 1930, se publicó una caricatura en la que podía verse a una mujer elegante caminando con un vestido ajustado, al mismo tiempo que era injuriada por dos ancianas que, mientras hacían ganchillo, la increpaban de fondo con comentarios como los siguientes: «lo principal es la decencia. ¡A buena hora me iba yo a atrever a salir a la calle con un vestido tan “ceñío” y esas transparencias tan escandalosas!» (S.P.P., 1930: 16). Con lo cual, no eran exclusivamente los hombres los responsables de coartar la libertad indumentaria de sus compañeras, sino que el propio discurso patriarcal también se encargaba de manipular y enfrentar a las mujeres, inoculando en ellas el sentimiento de la impudicia. Un comportamiento diametralmente opuesto al que hallamos en *L’Amour aux champs*, donde es el personaje de la Abuela quien incita a su nieta política a hacer uso de determinadas prendas, sin importarle el qué dirán.

feminismo más centrado en la consecución del sufragio femenino y el asociacionismo feminista. Esta construcción discursiva del sistema patriarcal, manifestada a través del acoso callejero, tenía el firme objetivo de dominar y expulsar a las mujeres de la esfera pública –y, en última instancia, del poder y el desempeño profesional–, para recluirlas en la esfera doméstica. De esta forma, quedaban circunscritas al ejercicio de las tareas del hogar y del cuidado de su familia. Mediante esta tipología de violencia hacia las mujeres, se solidificaba la dicotomía espacial entre lo masculino (público) y lo femenino (privado), la cual, al hallarse vinculada a la configuración biológica de ambos sexos, hacía irrefutable la naturalidad de las funciones atribuidas a cada género.

Como se desprende de la obra analizada, si los maridos eran uno de los principales colectivos interesados en poner fin a los «incidentes» provocados por tantos *sui-veurs de femmes* no era realmente para evitar ser víctimas de un desengaño amoroso, ni mucho menos por un súbito interés hacia la causa feminista, sino para impedir que sus esposas cayeran en la tentación de un potencial adulterio. De tal modo, podían seguir ostentando la virtuosidad de sus mujeres a ojos de la opinión pública, manteniendo incólume el honor masculino. Entre las estrategias que Antoine de Brias puso en práctica para imposibilitar que su mujer fuese cortejada en la vía pública, se hallaba el ir siempre acompañada. Un requisito que, no obstante, rehusaron todas las heroínas de Gyp, dado que éstas eran amantes de la soledad y la independencia, por lo que la simple presencia de un individuo a sus espaldas les impedía caminar sosegadamente. Los peligros que corrían estas viandantes solitarias resultaron obvios para la autora, quien al poner en escena a Yvonne sin su hermanastra Suzette –su acompañante habitual–, puntualizaba que eran varios los hombres que la importunaban en plena calle: «Si on la suivait souvent, jamais, jusqu'ici, on ne lui avait parlé dans la rue...» (Gyp, 1913: 11). Empero, al constatar que salir a solas entrañaba un incesante acoso, Yvonne de Brias no tendría más alternativa que poner en práctica diversos mecanismos de autodefensa.

En la siguiente tabla, analizaremos los mitos y estrategias autodefensivas presentes en *L'Amour aux champs*. Con el objetivo de ofrecer una visión más esclarecida, presentamos dos cuadros clasificadores en los que constan, por una parte, algunos mitos sustentadores del acoso callejero para, seguidamente, detallar diversos fragmentos de la citada novela, tras lo cual ahondaremos en las reacciones y las repercusiones psicológicas de la heroína. Este análisis pondrá de manifiesto cómo, ya desde los albores del siglo XX, Gyp identificó con gran precisión los mitos, además de las secuelas emocionales y conductuales, de una problemática que aún pervive en la actualidad.

Mitos del acoso callejero en <i>L'Amour aux champs</i>		
MITO	EXTRACTO DE LA OBRA ANALIZADA	REACCIONES Y EFECTOS EN LA VÍCTIMA
Uso de determinadas vestimentas, ajustadas o coloridas	«justement, on se rend compte que c'est vert et il ne faudrait pas... C'est trop voyant pour la rue ⁵ ... j'adore passer <i>ina perçue</i> ...» (Gyp, 1913: 11). «Elle s'examina consciencieusement. Elle n'était pas comme <i>toujours en noir</i> . C'était peut-être sa robe verte , très verte au soleil, qui lui attirait cet ennui » (Gyp, 1913: 11).	1) Restricciones en el estilo vestimentario por temor a ser acosada o injuriada. 2) Incomprensión ante el acoso y posterior necesidad de buscar un motivo en su persona. 3) Autoculpaabilización.
Transitar la vía pública en solitario	«Yvonne allait <i>se promener seule et son mari en serait fâché</i> [...] Elle marchait assez vite, légère et souple, frôlant les lilas et aspirant leur parfum ; heureuse de vivre par ce beau soleil, de se savoir jolie et de se sentir libre pour un instant dans le grand jardin encore désert» (Gyp, 1913: 10, 11). «[...] j'aime autant <i>me promener ici</i> , dans le parc, où <i>je ne rencontre rien</i> ... ou dans les prairies, où je vois quelquefois une vache noire couchée à l'endroit où, la veille, il y en avait une blanche...» (Gyp, 1913: 39). «Elle chantait <i>immobile, sans un geste</i> , debout, svelte et fragile dans sa robe de gaze blanche [...] <i>son visage</i> – qu'elle rendait <i>volontairement inexpressif par crainte "des effets"</i> – était vraiment d'une surprenante beauté (Gyp, 1913: 34).	4) Represalias por parte del marido (violencia de género). 5) Coacción de la libertad estética y conductual tras ser acosada: incremento del aislamiento y preferencia por entornos solitarios. 6) Medidas restrictivas posteriores, como la inhibición expresiva en actos públicos.
Actos de habla asimétricos, caracterizados por la inflexibilidad o la fatuidad	«[...] il crut qu'elle reconstituait la manœuvre exécutée pour la rejoindre, et l'acceptait sans déplaisir. Et, <i>fort de cette croyance</i> , il demanda, <i>affirmant</i> plutôt qu'il n'interrogeait : – <i>Vous me permettez de vous accompagner, n'est-ce pas ?</i> ...	7) Sumisión y pasividad verbal de la mujer.

⁵ La cursiva es nuestra.

Mitos del acoso callejero en <i>L'Amour aux champs</i>		
MITO	EXTRACTO DE LA OBRA ANALIZADA	REACCIONES Y EFECTOS EN LA VÍCTIMA
Reiteración de los mecanismos de interacción social empleados por los acosadores	<i>C'était, ou presque, la phrase que murmurait tout à l'heure le monsieur du Luxembourg. Yvonne sourit, en répondant sans enthousiasme :</i> – Mais oui... » (Gyp, 1913: 12).	8) Percepción del entorno como invariable. 9) Evitación de conflictos.
Mostrar comportamientos sociales con otros hombres	«– Je ne suis pas indiscret ?... Elle eût certainement préféré se <i>promener seule</i> dans le Louvre. Mais, <i>aimable et bien élevée</i> , elle affirma gentiment : – Non... pas du tout... » (Gyp, 1913: 12).	10) Obligación interiorizada de cumplir con la afeblidad y el conjunto de virtudes morales atribuidas a la «feminidad tradicional».
	«– En vous accompagnant, je ne vous ennui pas !... bien vrai ?... Le premier mouvement d'Yvonne fut de répondre : – « Si !... » ou bien : – « Non, à condition que vous ne parliez pas !... » mais <i>elle n'osa pas</i> et, pour la seconde fois, <i>elle dit poliment, sans restrictions aucune</i> : – Non... pas du tout !... » (Gyp, 1913: 14).	11) Inseguridad. 12) Ausencia de asertividad. 13) Falta de control sobre su ambiente (indefensión aprendida).
Acudir a espacios culturales o de ocio público en solitario	«– C'est que le Louvre... c'est un <i>lieu de rendez-vous, vous savez</i> ?... – Non – fit-elle simplement, ne comprenant pas où il voulait en venir – je ne savais pas... » (Gyp, 1913: 14).	14) Paternalismo protector.

Tabla 1. Análisis de los mitos del acoso callejero en *L'Amour aux champs*

Estrategias autodefensivas empleadas en <i>L'Amour aux champs</i>		
ESTRATEGIA	EXTRACTO DE LA OBRA ANALIZADA	FINALIDAD PERSEGUIDA
Ausencia de respuesta verbal	«Et puis, je me tiens très bien, tu sais !... <i>je ne réponds pas... jamais</i> !... » (Gyp, 1913: 6).	1) Evitar la prolongación del acoso.
Usar medios de transportes alternativos	«Elle se mit à la recherche d'un <i>fiacre</i> , en trouva un découvert et s'y précipita, bien décidée à <i>ne plus errer par les</i>	2) Invisibilizar el cuerpo de la mujer.

	<i>rues dans ce costume peu discret» (Gyp, 1913: 12).</i>	3) Pasar desapercibida.
Salir acompañada	« <i>Quand nous sortons, on nous suit tout le temps, voyons ! [...] Ah !... –questionna Brias préoccupé – on vous parle ?... – Jamais quand nous sommes nous deux – expliqua gaiement Suzette – mais quand je suis avec Fraulein ou avec un domestique, on me parle tout le temps...» (Gyp, 1913: 6).</i>	4) Necesidad de guardar en silencio los episodios de acoso por el incremento de los celos del marido. 5) Prevenir entablar contacto verbal al ir acompañada.
Correr o cambiar de trayecto	« <i>Tandis qu'elle courait vers une sortie, elle fut rattrapée par un individu [...] une sorte de commis voyageur, celui-là, qui se mit à lui emboîter le pas, en lançant de temps à autre des interjections telles que : – Oh ! Oh !... Cristi ! ... Mazette !!! Puis, peu à peu, il en vint aux phrases : – Plus qu'ça d'chic !... Jolie p'tite femme !... » (Gyp, 1913: 12).</i>	6) Evitar posibles agresiones verbales o físicas. 7) Eludir sentimientos de invasión y vulnerabilidad.
Silenciar los episodios de acoso	« <i>[...] sa petite fille qui s'asseyait sans dire un mot [...]</i> – Tu n'y as pas fait de <i>mauvaises rencontres</i> ? – <i>Non, grand'mère...</i> – répondit Yvonne – qui rougit en pensant à ses <i>trois petites aventures</i> . – Non, grand'mère !... Oui, grand'mère !... tu n'es pas bavarde ce soir, ma petite enfant !... » (Gyp, 1913: 17).	8) Vergüenza e irritabilidad. 9) Negación inicial del acoso sufrido con el fin de olvidarlo.

Tabla 2. Análisis de las estrategias autodefensivas empleadas en *L'Amour aux champs*

Conforme a los límites marcados por el discurso hegemónico, las heroínas de Gyp eran conscientes de que los espacios públicos no estaban hechos para una dama o una señorita, aunque no por ello iban a dejar de transitarlos en solitario. Un temor del que, bajo un farisaico «paternalismo protector»⁶, se valían muchos hombres para

⁶ También denominado sexismo benevolente, el paternalismo protector es la tendencia a reproducir en las relaciones sociales las formas de autoridad y protección representativas del padre de familia tradicional. De manera más concreta, el paternalismo engloba actos como manifestar una actitud especialmente protectora o aclarar algo a una mujer bajo la sesgada percepción de que ésta posee habilidades o

cortejar a viandantes desconocidas, quienes, a su juicio, se encontraban fácilmente expuestas a los peligros de la vía pública. Al tratarse de una esfera tradicionalmente masculina, era necesario ayudarlas con finura y caballerosidad. Así lo demuestra la siguiente escena, donde tras ver a Yvonne de Brias caminando a solas, un señor da por sentado que necesita compañía masculina:

C'était un grand homme de cinquante ans, mince et d'allure correcte. Dès qu'il fut passé, il s'arrêta, et, revenant sur ses pas, se mit à marcher presque à côté d'elle. Elle pensa :

– Quel imbécile !...

[...] Elle n'y prit pas garde. Comme l'avait dit Suzette, elle était habituée à être suivie. Mais tout à coup, le monsieur s'inclinant, demanda d'une voix câline :

– Vous voulez bien que je vous accompagne, n'est-ce pas ?...

Elle eut un regard si sincèrement stupéfait que le suiveur s'écarta brusquement, portant à la main son chapeau et bafouillant des excuses (Gyp, 1913: 11).

La tendencia a la reificación femenina, que concibe a las mujeres como un medio de placer, satisfacción sexual o goce visual, y no como un individuo semejante a sus compañeros, provocaba en los *suiveurs de femmes* un férreo sentimiento de superioridad, que se exteriorizaba mediante el acoso sexual. En el imaginario colectivo predominaba la idea de que callejear echando piropos y galanteando a las jóvenes era el entretenimiento característico de los hombres desocupados y sin educación alguna, tal y como se recogía en la revista *Nuevo Mundo* (Martón, 1919). Según sostenía el periodista Martín Martón, estos individuos sólo enaltecían aquellas cualidades que apreciaban a simple vista en las mujeres, siendo éstas la «voluptuosidad de sus senos, la redondez de sus nalgas, el conjunto de sus facciones o la gracia que tenían al andar» (Luengo, 2018: 112; Martón, 1919), llegando a perder las buenas formas e, incluso, la caballerosidad.

Reluctante a esta idea, Gyp refutará la existencia de un perfil de «acosador», aunando en una misma escena a diversos tipos de *suiveur*: un elegante señor quincuagenario; un grosero y modesto viajante de comercio; un joven pintor o tal vez estudiante, hasta el distinguido general de Achères. En oposición a las mentalidades bienpensantes de su época, donde se justificaba a los acosadores callejeros bajo algún trastorno patológico⁷, la dramaturga sugirió así que los *suiveurs de femmes* podían ser de

conocimientos más limitados que él sobre un determinado tema. Este último comportamiento es conocido también bajo la denominación anglosajona de *mansplaining*.

⁷ Uno de los numerosos ejemplos del carácter lunático que se atribuía a los acosadores de mujeres nos lo ofrece *La Dépêche* (1870-1944), un diario regional que se hacía eco del sorprendente caso de Bernard Jouglu, un *suiveur de femmes* empedernido, quien, tras ser encarcelado en la prisión de Saint-Michel, fue absuelto para ser sometido a exámenes médicos, por no gozar, según informaba el propio diario, de la plenitud de sus facultades mentales (Anónimo, 1890: 2).

cualquier clase, edad y estatus social. Huelga señalar que el paradigmático *suiveur de femmes* parisino afectaba del mismo modo a la totalidad de la población femenina, independientemente de su clase social: «depuis la servante de cabaret jusqu'à la grande dame, depuis la bordeuse de souliers jusqu'à la femme d'antique, et surtout d'*authentique* noblesse, tout leur est bon ; tout, selon eux, mérite l'honneur d'être suivi» (Fernand, 1870: 5). Pese a las medidas contra el piropo callejero que se implementaron en países europeos como España⁸, la realidad es que esta ofensiva práctica resultaba ser extensible a buena parte del colectivo masculino. Ello se debía a que ser «*cumplimentero* y amigo de doñar» se había convertido en un «imperativo moral» imbricado en la identidad masculina (De Miguel, 1998: 204; Luengo, 2008: 108), que se practicaba con regularidad, so pena de los numerosos malentendidos e inconvenientes que pudieran ocasionarse⁹.

Si esta serie de incidentes truncó los planes de Yvonne, quien apenas pudo disfrutar de unos instantes de libertad por los apacibles Jardines de Luxemburgo, las repercusiones del acoso callejero adquirirán tal dimensión que terminaron cambiando el rumbo de su existencia. Tras verla acompañada del general de Achères en el Museo del Louvre, Antoine de Brias no sólo la forzaría a abandonar junto a él la capital francesa para instalarse en el campo, sino que, según dejó entrever la autora a modo de narrador omnisciente, la heroína sufrirá las consecuencias de las crisis de celos de su esposo, dejándose ver en el almuerzo familiar con los «ojos rojos y magullados» (Gyp, 1913: 18). La novelista dio así veladamente a entender que las agresiones que sufría por parte de su marido se extrapolaban más allá de la violencia psicológica.

De manera análoga a la novela estudiada, en las crónicas de los juzgados correccionales del primer tercio del siglo XX, fueron innumerables los casos de hombres que, encolerizados por los celos, agredían física y verbalmente a sus compañeras sentimentales ante la más mínima sospecha de adulterio, incluso si las sorprendían hablando con alguien en plena calle o intentaban cartearse con familiares distintos a ellos (Anónimo,

⁸ Bajo la dictadura de Primo de Rivera, en la capital española, se nombró un servicio especial de vigilancia para evitar los piropos soeces en las calles y en determinados espacios públicos como el Retiro, donde era habitual detener a individuos por realizar actos inmorales. Además de imponer una pena de quince días de cárcel, esta medida establecía que se divulgara públicamente el nombre de los agresores (Anónimo, 1929: 9).

⁹ En un escrito publicado por el periódico de entretenimiento *La Sylphide* (1840-1885), en la que un cronista que se hacía llamar Fernand (1870: 3-5) alentaba a los individuos desocupados y ridículos a abandonar esta desagradable práctica, se hacía alusión a la «estupidez» que constituía seguir los pasos de una mujer, pues se corría el riesgo de ser confundido con su *groom* o su ayuda de cámara. Asimismo, el autor de estas líneas aseveraba que eran tres los inconvenientes que entrañaba la profesión de *suiveur*: la decepción, al confundir la edad de una mujer a quien todavía no le había visto el rostro; la mistificación, dado que los astutos ardides con los que muchas mujeres eran capaces de desembarazarse de estos hombres generaban en ellos un gran sentimiento de ridiculez, tras lo cual huían avergonzados; y, finalmente, las complicaciones, que podían abarcar desde ser perseguidos por el hermano o el marido de la víctima hasta ser amenazados o increpados en plena calle.

1910: 4; Anónimo, 1929: 3). Un cobarde proceder que, lejos de condenarse socialmente, se intentaba explicar por factores como la naturalidad de los celos, el paroxismo de la rabia, la embriaguez de los agresores o sus incontrolables arrebatos de furia ante la eventualidad de ver ultrajado el honor conyugal (Anónimo, 1903: 1; Anónimo, 1935: 3). Por lo tanto, en el imaginario colectivo de la época, las palizas que algunos hombres propinaban a sus mujeres se consideraban como una práctica natural y hasta justificable. Sin embargo, como Gyp (1913: 20) dejó ver en *L'Amour aux champs*, esta violencia carecía de cualquier fundamento patológico y su origen radicaba en la superioridad que, en la esfera pública o en la privada, se arrogaban los agresores.

Pese a que el acoso callejero ha sido objeto de una percepción determinada y la respuesta de la sociedad ha variado en función de cada época, en Francia, no sería hasta el 3 de agosto de 2018 cuando se promulgaría una ley contra la violencia sexual y sexista que penalizaba por primera vez el acoso callejero. No obstante, a juzgar por el análisis efectuado, se ha podido evidenciar que las secuelas, las estrategias autodefensivas y los mecanismos de coerción utilizados por el discurso dominante para abusar sexualmente de las mujeres siguen siendo los mismos. Nos encontramos, pues, ante una represión conductual y estética que constituye una ofensa para la dignidad de las mujeres y un gran estresor en su calidad de vida. De hecho, tal y como la novelista bretona visibilizó, no se trataba de un fenómeno aislado, sino de una problemática cotidiana y –sirva de ejemplo la novela analizada– en continua interacción con otras formas de violencia, como el aislamiento social o las agresiones físicas, resultantes de la posterior violencia conyugal.

3. Del letargo campesino a la consolidación de una violencia psicológica

Dentro del amplio espectro de formas que engloba la violencia de género, en *L'Amour aux champs*, Gyp no sólo reflejó las agresiones físicas o sexuales de las que era objeto su heroína, sino también lo que para ella constituía una amenaza igual de lesiva: la violencia psicológica. Desde esta óptica, Yvonne de Brias sostenía que desde el inicio de su matrimonio se veía sometida a la voluntad sexual de su marido sin ningún tipo de entusiasmo (Gyp, 1913: 68). Su reclusión y subsiguiente aislamiento la desolarían hasta el extremo de elucubrar con la posibilidad de flirtear con otros hombres, hecho que, una vez consumado, revigorizaría su postrada existencia:

Il lui semblait qu'elle vivait depuis quelques jours beaucoup plus vite qu'elle n'avait vécu jusque-là. Pour la première fois, elle avait conscience de la vie ; elle la sentait. Depuis un an, elle végétait sans plus. Et maintenant, elle se trouvait une vigueur qu'elle ignorait, en même temps qu'elle ressentait une sorte de lassitude heureuse (Gyp, 1913: 67).

El proceso «vegetativo» al que muchos caballeros celosos constreñían a sus esposas era constatado en la obra *El corazón en la mano* (1871), de Enrique Pérez Escrich

(1829-1897), en la que el dramaturgo valenciano señalaba que la mujer virtuosa debía encerrarse en un modesto rincón de su hogar, pasar su vida «sin ser vista, sin dejar rastro, como el canto de un ave, como la carrera de una estrella» (Pérez Escrich, 1927: 142). En convergencia con este estado de invisibilización, Casilda de Antón del Olmet (1871-1954) añadía, además, que para ser virtuosa no era necesario estar iniciada en los secretos de la cocina, hablar idiomas o arrancar al piano notas brillantes (De Antón, 1902: 3). Para la poetisa onubense, la verdadera esencia de la mujer virtuosa residía en ser humilde y sencilla, ya que encarnaba el «verdadero ángel del hogar», cuya misión era labrar el sólido cimiento del hogar honrado, base de las virtudes sociales (De Antón, 1902: 3). En resumidas cuentas, la virtuosidad que toda buena mujer debía acatar se caracterizaba por no dejarse llevar por la vida licenciosa, los impulsos o el desenfreno. En expresión de Juncal Caballero, la mujer virtuosa se define como un «ser contento con el mundo que le ha tocado vivir, satisfecha con los límites que lo privado le impone» (Caballero, 2012: 69). Y la insatisfacción será, precisamente, el sentimiento que regirá la existencia de Yvonne de Brias tras su partida a la vida provinciana. Un malestar que la joven no padecía en París, donde aseveraba sentirse dichosa y satisfecha con los pequeños placeres que le brindaba la cotidianeidad mundana (Gyp, 1913: 11). En sentido opuesto al discurso vigente en su época, Gyp alertaba de que la vida campesina estaba lejos de ser propensa a la virtuosidad femenina, sino que entrañaba más bien todo lo contrario, abocando a las mujeres a un estado de apatía y perpetua insatisfacción que, a largo plazo, inhibía su desarrollo personal.

Resulta revelador que el estado de acedía constatado en la heroína de Gyp fuese descrito, más de 50 años después, por Betty Friedan (1921-2006) en su ilustre obra *La mística de la feminidad* (1963). Al detallar la sintomatología de lo que dio en llamar «el problema que no tiene nombre», la teórica feminista aludía a testimonios de mujeres que aseguraban sentirse «como vacías o incompletas» [...] «me siento como si no existiera» (Friedan, 2009: 57). Aunque extrapolados a eras y situaciones muy dispares¹⁰, las analogías entre los síntomas descritos por ambas autoras resultan más que evidentes. Desde este ángulo, es mercedor de atención que la condesa de Martel advirtiese este confuso malestar y concibiese el adulterio como un efugio más con el que escapar de su anodina existencia, alejando a su heroína del infortunio o la estigmatización social que, en el realismo literario de su época, la mirada androcéntrica atribuyó a la mujer adúltera.

¹⁰ «El problema que no tiene nombre» fue un término acuñado por la líder feminista Betty Friedan en 1963 para hacer alusión a la angustia que, tras la Segunda Guerra Mundial, sintieron las amas de casa de los idílicos barrios residenciales de los Estados Unidos bajo el gobierno de Eisenhower (1953-1961) al hallarse confinadas en la monotonía de sus hogares. Dicho malestar salía a la luz en el momento en que una mujer empezaba a advertir que carecía de personalidad y que no se sentía viva (Friedan, 2009: 35-36).

La práctica adulterina como medio de evasión también fue constatada por Friedan, quien relató cómo muchas de las mujeres que padecían esta «angustia» acallaban dicha sensación tomando tranquilizantes, convenciéndose a sí mismas de que todo se debía a un problema con el marido o con los hijos, o que lo que necesitaban era trasladarse a un barrio mejor, tener una aventura amorosa o un nuevo bebé (Friedan, 2009: 57). Dada su ausencia de descendientes, no es de extrañar que Yvonne de Brias se abriese a la posibilidad de engañar a su marido para aliviar esta agonía ontológica. Ciertamente, «el problema que no tiene nombre» no estaba ligado a ninguna alteración sexual, sino que se trataba de «algo» mucho más profundo y complicado de expresar con palabras. Esta negación del mundo que transcurría fuera del ámbito doméstico generaba en las mujeres un estado de vacío y futilidad que intentaba ser llenado mediante un incremento frenético del trabajo doméstico, el traslado a un hogar más grande u otras vías de escape como las aventuras extraconyugales, ya fuesen reales o imaginarias (Friedan, 2009: 299, 317, 325). Se trataba, en suma, de una ausencia de la propia identidad, que provenía de la falta de identificación de las mujeres con respecto al ideal de esposa, madre y ama de casa perfecta, volcada con tesón en su relación conyugal y las labores *alterocentristas* de la familia.

A pesar de que, en la segunda mitad del siglo XIX, la violencia psicológica desencadenante de esta problemática se encontraba legitimada por el imaginario colectivo, lo cierto y verdad es que aislar a una mujer de su entorno sí estaba penalizado desde un marco judicial. Si bien en 1873, el reconocido jurista Joseph-Émile Labbé (1823-1894) alegaba que en caso de disenso entre los cónyuges, el marido podía prohibir a su esposa ver o recibir a ciertas personas, el Código civil francés no admitía en ningún caso que el marido pudiera, mediante el abuso de su autoridad, aislar a su mujer del mundo exterior e impedirle ver a nadie, dado que ello se traduciría en un «verdadero secuestro», que daría lugar a las correspondientes sanciones penales (Ginestous, 1935: 137). Con todo, no sería hasta el ocaso de la Tercera República francesa, con la modificación de Ley del 18 de febrero de 1938 –la cual estipulaba que el marido era el responsable de elegir la residencia del matrimonio– cuando se posibilitó a las mujeres emprender acciones judiciales si existía una fijación abusiva de la residencia por parte del esposo (Lebrun, 1938: 2058), una ley que estuvo en vigor hasta el 4 de noviembre de 1942. Fue precisamente esta incipiente exteriorización de las mujeres, fruto de la progresiva toma de libertades que fueron adquirieron en el primer tercio del siglo XX¹¹,

¹¹ Durante el primer tercio del pasado siglo, algunas mujeres comenzaron a frecuentar la esfera pública, ya fuese andando por las calles sin compañía, ejercitándose en la práctica deportiva, vistiéndose según los últimos criterios de la moda, o adquiriendo hábitos como beber alcohol o fumar en público. Esta desobediencia al dualismo de género tradicional provocaría que se las catalogase como integrantes de un «tercer sexo», un distintivo marcado por su complejidad semántica que fue recurrente a la hora de definir a la «mujer moderna» (Aresti, 2007: 173, 178). Cabe apuntar que en *L'Amour aux champs* –así como en el resto de su obra–, Gyp reflejó un gran número de estas transgresiones conductuales, poniendo en

a la que Antoine de Brias intentó poner coto a través del enclaustramiento agreste de su esposa:

Tu ne sais pas à quel point la vie des femmes – même les plus honnêtes – est devenue extérieure, je dirai presque publique, à l'exclusion de toute intimité, de toute absorption par un seul... que celui-là soit le mari, ou l'amant, ou même le flirt...» (Gyp, 1913: 8).

Una aciaga decisión que su abuela, la condesa de Attigny, condenará sin ambages, en tanto que, a su parecer, su nieto era un ser puramente egoísta y fatuo, y ella, con más de sesenta años de experiencia, era incapaz de comprender el «prejuicio» que ensalzaba la vida provinciana como favorable a la virtud de las mujeres (Gyp, 1913: 50-51). Desde el ecuador de la era decimonónica, la prensa también se encargaría de fraguar este prejuicio en el subconsciente colectivo, como lo demuestra *L'Abeille impériale* (1852-1862). En esta revista de moda dirigida a la alta sociedad, se aseguraba que la mujer campesina era perfectamente capaz de prescindir de aquellos encaprichamientos que sufrían las parisinas: «une femme de province s'enthousiasme d'un homme d'intelligence, rarement est-elle atteinte de ces engouements qu'on laisse voir à Paris» (D'Orlac, 1860: 2). Como hemos podido comprobar a través de la comedia analizada, Gyp puso en solfa esa creencia infundada según la cual la mujer parisina era más proclive a la infidelidad femenina, mientras que en la vida provinciana los devaneos amorosos rara vez acaecían. A través de su imaginario literario, leal defensor de la libertad sexual femenina, Gyp insistía en que si las mujeres burguesas o aristócratas no caían en la tentación del adulterio –o tardaban mucho en hacerlo– era debido a la ausencia de ganas, ánimo o práctica, así como a su ocupación constante y a las variadas actividades de ocio que la ciudad les proporcionaba (Gyp, 1913: 8). Ciertamente, fue esta falta de realización personal la causa primordial de lo que Friedan denominó «el problema que no tiene nombre» y que conducía a tantas mujeres a escapatorias como el adulterio, sin sopesar que la solución a su malestar podía encontrarse en una ocupación con la que poner en práctica sus capacidades y proyectarse en la sociedad (Friedan, 2009: 380). Por consiguiente, el motivo de aquella insatisfacción y vacío, que en ocasiones se intentaba suplir mediante la infidelidad, no era otro que la ausencia de un proyecto creativo personal que las llenase como individuo y colmase sus expectativas existenciales.

4. La agonía ontológica de Yvonne de Brias: la desocupación y el hastío como propulsores de la infidelidad

Al abordar las causas del adulterio femenino, el discurso hegemónico del ocaso decimonónico convergía en afirmar que todos los males conducentes a la infidelidad procedían de la mujer. De manera directa o indirecta, Alexandre Dumas (1824-1895)

escena a jóvenes fumadoras como Elsa Gibaud, deportistas empedernidas como Suzette de Brias, pasando por el deambular solitario de su protagonista.

reiteraba que las esposas resultaban ser las culpables de su propia infidelidad, ya fuese debido a sus maridos, que las habían escogido mal, por haber «sacado de quicio esa admirable institución del matrimonio» o porque éstos no habían sabido hacer comprender a sus compañeras «las grandezas y las alegrías del santo lazo» (Dumas, 1879: 1). En cualquier caso, el afamado novelista francés aconsejaba no olvidar que el adulterio del hombre no tenía la importancia ni podía tener las consecuencias del adulterio de la mujer (Dumas, 1879: 1)¹². Un falaz argumento que Gyp no dudó en confutar desde los lindes del siglo XIX. En múltiples de sus novelas, la dramaturga francesa aseguraba sin ambages que la infidelidad femenina era tan excusable como la del marido, atribuyendo esta desigualdad de género al carácter falocéntrico de la jurisprudencia del período (Gyp, 1888: 48; 1898: 240).

La raíz del adulterio femenino se hallaba, a juicio del célebre escritor Paul Adam (1862-1920), en el placer inenarrable que experimentaban las mujeres al verse poseídas por el «frenesí del secreto», y ello independientemente de la edad o su clase social (D'Antilly, 1898: 7). Un razonamiento que resultaba claramente sesgado en opinión de Jeanne d'Antilly. Esta cronista de *Le Journal pour tous* (1891-1906) argüía que las motivaciones que arrastraban a las mujeres fuera del hogar conyugal tenían raíces mucho más profundas que la fascinación por guardar un secreto: «Non, un secret, même dangereux, même palpitant ne nous est pas si voluptueusement agréable [...] le goût du mystère et du secret ne nous amènera jamais jusque-là» (D'Antilly, 1898: 8). A su juicio, la fisionomía de la esposa adúltera se caracterizaba, en primer lugar, por la decepción sentimental que traía consigo el matrimonio y el cambio de personalidad del marido, quien, tras pasar por el altar, guardaba un ínfimo parecido con el novio. En segundo lugar, el adulterio femenino hallaba su razón de ser en la incompetencia y la negligencia conyugal del esposo en materia de educación, quien instruía a su manera a la muchacha con la que acababa de casarse. De esta forma, le permitía ingerir toda clase de licores, lecturas o relatos infames de amor para los que la pobre criatura aún no se encontraba preparada (D'Antilly, 1898: 8). Sin embargo, para nuestra autora, las causas del adulterio femenino distaron mucho de los argumentos esgrimidos por sus coetáneos.

Como hemos podido observar, el ocio y el entretenimiento urbanos no constituían motores que predispusieran a sus heroínas a una vida disoluta, sino que las apartaba al mantenerlas ocupadas en actividades más enriquecedoras intelectualmente¹³. Así

¹² Cabe recordar que, según lo estipulado en el antiguo artículo 337 del Código Penal francés, el adulterio masculino se encontraba totalmente legitimado en el siglo XIX. Únicamente podía llegar a los tribunales si el esposo tenía relaciones con la concubina en el hogar conyugal, bajo la mirada de sus hijos/as. Sin embargo, si se acusaba a una mujer de infidelidad en cualquier momento o lugar, ésta podía ser castigada con una condena de entre tres meses y dos años de cárcel (Gleyzes, 1994).

¹³ Mucho más cultivados que la mayoría de los integrantes de su clase social, los Brias y Madame d'Antigny se interesaban en algo más que en los caballos, los trapos o las habladurías (Gyp, 1913: 11). Pese a

lo concebía la escritora al especificar que la Yvonne residente en París nunca experimentó ganas, ni ningún entusiasmo, por engañar a su marido. Y aunque lo hubiese deseado, su existencia mundana le habría convertido dicho proyecto en una empresa materialmente imposible (Gyp, 1913: 8). Desde las primeras páginas de su novela, la autora apuntaría que los factores que abocaban a las mujeres a una aventura amorosa podían abarcar desde el aburrimiento, la falta de atención, la soledad, la melancolía y, sobre todo, la desocupación:

L'aventure provient le plus souvent de l'ennui, de l'absence habituelle d'hommages... de la solitude surtout... elle naît du « vague à l'âme », s'ébauche dans la rêverie et se... se corse dans le désœuvrement... (Gyp, 1913: 8).

Dicho aislamiento social y la adhesión de la heroína a la esfera privada trajeron como resultado la anulación de su personalidad. Como Gyp manifestaba (1913: 74), esta falta de identidad repercutía directamente en el resto de la familia y en el entorno, en tanto que la mujer se convertía en un ser inútil para los demás y para ella misma. Un fenómeno que, en cierto modo, también sería constatado por Betty Friedan cuando explicaba que la pérdida de identidad que sufrían las amas de casa estadounidenses afectaba a la sociedad entera (Friedan, 2009: 234). Pese a la media centuria que separan ambas obras, son notorias las reminiscencias que se perciben entre las secuelas psicoemocionales narradas por sendas escritoras. Una agonía ontológica que, independientemente del contexto en que se hallaran inmersas, eran la consecuencia directa de la inacción, la frustración y de su ausencia de proyección en la esfera pública.

Insatisfechas, vacías, incompletas, tristes, distraídas, desesperadas, abatidas, desesperanzadas, frustradas, aburridas, apáticas, carentes de personalidad o estancadas en la monotonía fueron varios de los numerosos adjetivos con los que, en los años sesenta, se autoidentificaron las mujeres que padecieron «el problema que no tiene nombre» (Friedan, 2009: 51, 57-58, 64, 291). Signos reveladores de una problemática latente que sufrían en silencio las amas de casa de los idílicos barrios residenciales estadounidenses y que serían idénticos a los que, medio siglo antes, sufrió la heroína de nuestra autora tras su aislamiento en un apacible castillo rural. En la siguiente tabla, pasamos revista a los diversos sentimientos y emociones experimentados por Yvonne de Brias, los cuales actuarán, en última instancia, como propulsores de su infidelidad:

Desencadenantes de la infidelidad femenina en <i>L'Amour aux champs</i>	
Indiferencia y sometimiento sexual	«Elle s'était montrée presque <i>indifférente</i> , ne refusant jamais rien, mais se <i>prêtant sans aucun entrain</i> , aux désirs de son mari» (Gyp, 1913: 68).

no haber hecho de ella una profesión sería ni diletante, Yvonne poseía un talento mucho mayor que el de una aficionada por la pintura y guiaba con suma destreza su vivaz inteligencia.

Tristeza	«Yvonne commençait – semblait-il – à <i>s’attrister</i> quelque peu [...] Seul jusqu’à présent, Antoine nageait dans la joie» (Gyp, 1913: 27).
Abatimiento e insatisfacción consigo misma y el entorno	«Elle se sentait <i>lasse et triste, mécontente des autres et d’elle-même</i> ; <i>écoeurée</i> de la <i>monotonie</i> de sa vie, de ce manque absolu des distractions auxquelles elle était accoutumée à Paris et que rien ne remplaçait à la campagne» (Gyp, 1913: 66).
Ambivalencia afectiva	«Elle se sentait nerveuse, <i>chagrine</i> et <i>contente</i> . Elle avait envie de <i>rire</i> et de <i>pleurer</i> » (Gyp, 1913: 67).
Desocupación	«Elle <i>n’était plus la femme de jadis, attachée à ses devoirs</i> et n’ayant jamais admis la possibilité d’y faillir à un moment donné» (Gyp, 1913: 71).
Hastío y ensimismamiento	«Pensive, séparée de son mari – qui aidait les officiers à servir le goûter – isolée du reste de la foule, elle semblait <i>s’ennuyer profondément et s’absorber</i> dans une lourde rêverie» (Gyp, 1913: 60).
Ensoñación excesiva	«Étendue dans le hamac où, à travers de mailles de soie, transparaissait son corps souple, madame de Brias, le <i>visage immobile, le regard perdu</i> , ne parut <i>pas entendre et ne bougea pas</i> [...] Elle est si loin... si loin... [...] elle <i>rêve les yeux ouverts</i> !... voilà tout !... » (Gyp, 1913: 22).
Desesperación	« <i>Tout l’après-midi, elle avait trotté par la ville, revenant vingt fois sur ses pas</i> [...] Elle ne s’avouait pas que ses marches et contremarches à travers la ville chaude, sous le soleil brûlant d’août, n’avait d’autre but que de rencontrer Achères» (Gyp, 1913: 65).
Frustración afectiva	«s’apercevant dans les hautes glaces des magasins et se voyant <i>bien jolie. Et jolie pour qui ?</i> ... Son mari avait à présent mille occupations où <i>elle n’avait pas sa place</i> . Alors quoi ?» (Gyp, 1913: 65).
Evasión del entorno	«en voyant finir la journée, <i>elle se résigna à rentrer à contre-cœur, ennuyée de retrouver sa grand’mère, Suzette, Fred et surtout son mari</i> . Et pour allonger sa route, elle eut l’idée de revenir en longeant le canal et la rivière [...] Elle prit la grande allée du milieu et la descendit assez vite, marchant vers la grille qui mène au canal» (Gyp, 1913: 55-56).
Necesidad de romper con la monotonía	«elle rentra le cœur léger, l’âme dilatée, avec tant de bonheur s’exhalant de toute sa jolie personne, que Madame d’Attigny devina que <i>quelque chose de nouveau était venu dans la vie de sa petite-fille</i> » (Gyp, 1913: 65).

Tabla 3. Estudio de los factores desencadenantes de la infidelidad femenina en *L’Amour aux champs*

No cabe duda de que Gyp supo retratar con gran exactitud las secuelas que entrañaba este asfixiante estado de enclaustramiento y su interrelación con la infidelidad femenina como vía de escape. Tradicionalmente, la dicotomía espacial que relega a las mujeres a la indiscernibilidad de la esfera privada, convirtiéndola en la mayor responsable de los cuidados y la realización de las tareas domésticas, ha provocado que muchas de ellas caigan en una privación afectiva, que, como demuestran estudios recientes, puede desembocar en ansiedad o depresión (Romero *et al.*, 2017: 162). Ello convierte a la mujer en un mero instrumento de placer sexual, que queda anulado de identidad, tal y como apreciábamos en nuestra heroína. Como consecuencia, tiende a distanciarse del sufrimiento que le genera el círculo hogareño. Esta progresiva separación, junto a la baja autoestima y su capacidad de resiliencia, la conducen a encontrar un mejor estatus en una nueva relación, con la que volver a sentir la felicidad y conservar su comodidad psicoemocional (Romero *et al.*, 2017: 162).

La visión vanguardista que la dramaturga francesa ofreció sobre el adulterio femenino contrasta con las infieles literarias del canon androcéntrico de su tiempo, las cuales se caracterizaron por hacer del adulterio una decisión consciente ante la imposibilidad de experimentar un amor verdadero, aquel que su matrimonio de conveniencia les había arrebatado. No hemos de olvidar que la historia de la literatura occidental ha tendido a estigmatizar la infidelidad femenina con graves consecuencias para su perpetradora, cuyas aventuras terminan generalmente en catástrofe, tanto para ella como para su entorno más cercano. Lejos de esta concepción del amor romántico, Gyp no sólo desmitificó esta idealización del romance extraconyugal a través de Yvonne, una mujer enamorada de su marido, aunque no por ello exenta de caer en una aventura amorosa; sino que, además, no le impondrá ningún tipo de sanción tras su deshonesto proceder. En cambio, la autora francesa sí se mostrará especialmente crítica hacia la doble moral masculina, ampliamente tolerada y auspiciada por la dogmática patriarcal. Al final de la obra, descubriremos que Antoine de Brias, el mismo hombre que había recluido a su mujer en el campo con el fin de preservar su matrimonio, le era infiel diariamente con una dama elegante de dudosa reputación. Más allá de manifestar la violencia psicológica de la que era objeto su heroína, Gyp mostrará con crudeza el ejemplo paradigmático de este desdoblamiento del amor, al poner en escena a un marido celoso que condenaba el adulterio, mientras mantenía relaciones con su amante y, al mismo tiempo, negaba a su mujer tener relaciones extraconyugales, abandonándola en una angustiosa soledad rural¹⁴.

¹⁴ Pese a que en las crónicas de la época no se trató de la tónica imperante, esta asimetría de género también fue reprobada por algunos cronistas varones como Francisco Fernández Villegas (1856-1916), más conocido por su pseudónimo Zeda, quien analizaba el fenómeno de la doble moral masculina con los siguientes términos: «En el hombre, la seducción es un mérito: el burlador de mujeres es aplaudido dentro y fuera del teatro. Para la mujer seducida no hay piedad [...] Se da frecuentemente el caso de que

Una vez más, pueden percibirse abundantes similitudes entre «el problema que no tiene nombre», analizado por Friedan en los sesenta, y la conducta psicoafectiva de la protagonista de *L'Amour aux champs*. Resulta evocador que la teórica feminista narrara que muchas mujeres estadounidenses, al no poder soportar más aquel sentimiento tan agobiante, salían de casa corriendo y se echaban a andar por las calles (Friedan, 2009: 57). Un proceder que se halla en plena consonancia con el ya relatado por Gyp (1913: 65), quien especificó que, durante toda la tarde, su lozana protagonista era capaz de recorrerse las calles de la comarca bajo el abrasador sol de agosto, deambulando por los mismos lugares una y otra vez, pasando por delante de los cafés elegantes y observando su reflejo en las cristalerías de los comercios, mientras buscaba, inconscientemente, «algo» que la devolviese a la vida y que, finalmente, lo hallaría en la infidelidad. Un pensamiento casi idéntico al personaje ficticio de Gyp sería expuesto por Friedan, quien reproducía las elucubraciones de una mujer infiel que se marchó temporalmente de su hogar con los siguientes términos: «estaba buscando algo, no estoy segura de qué era, pero la única manera de alcanzar esa sensación es cuando estoy enamorada de alguien» (Friedan, 2009: 316). Se deduce, en consecuencia, que fueron muchas¹⁵ las mujeres que intentaron suplir su falta de identidad personal recurriendo al adulterio para volver a sentirse vivas, si bien el «malestar que no tiene nombre» no radicaba en un problema sexual, pues, a pesar de ello, continuaban sin sentirse realizadas. Como señala Mónica Moreno, en muchas ocasiones, es la insatisfacción en la esfera emocional, corporal o sexual lo que conduce al cuestionamiento de las normas (Moreno, 2020: 16). La heroína de Gyp no hará, por ende, de la infidelidad una decisión consciente con la que alcanzar el verdadero amor, sino que la concebirá como un mecanismo más de evasión con el que escapar de su anodina realidad.

Desde esta perspectiva y, aunque salvando las distancias, es justo consignar que la conducta de Yvonne de Brias evoca sutilmente a la adúltera por antonomasia del realismo francés, *Madame Bovary* (1856). Esta bella joven, hija de un campesino y apriada en la sociedad en la que vivía, le fue infiel a su marido para paliar la monotonía de su tediosa vida provinciana. No obstante, tras enamorarse y caer reiteradamente en el adulterio, la heroína de Flaubert, atormentada por las deudas que contrae, recurrirá al suicidio para poner fin a su desesperación. Una casada infiel entrañaba una verdadera problemática para el discurso dominante del siglo XIX, pues su existencia debía quedar circunscrita al marmóreo modelo del «ángel del hogar». En consecuencia, una mujer transgresora constituía una amenaza, no únicamente para la paz del hogar, sino para la estabilidad del organigrama patriarcal, en cuanto que ponía en tela de juicio sus

el hombre que cuenta por semanas sus conquistas amorosas, se siente Oteló sólo con que su mujer o su amante mirase con buenos ojos al vecino» (Zeda, 1907: 1).

¹⁵ De la amplitud de este fenómeno dejó constancia de Betty Friedan (2009: 325), quien recogió que en los EE. UU. de inicios de los sesenta, una de cada cuatro mujeres tenía una aventura extramarital antes de cumplir los cuarenta años.

principios normativos. En otros términos, la actitud de una mujer adúltera era sinónimo de subversión hacia la obediencia y la lealtad que toda mujer debía a su esposo. Como bien recoge Anastasio Serrano, los transgresores pagan su culpa, tal y como le sucede a Emma Bovary con el suicidio (2009: 163)¹⁶. Un cruel destino que Madame de Brias, pese a estar dotada de ciertos tintes de *bovarismo*¹⁷, no sopesará en ningún momento. Tanto es así que, al final de la novela, terminará reconociendo orgullosamente su proceder con los siguientes términos:

- Oui !... – dit Yvonne avec sincérité. Et voyant que madame d’Attigny n’en pouvait croire ses oreilles, elle s’excusa :
- Si vous saviez, Grand’mère, ce que c’est vide ici ; la vie sans enfants, sans travail, sans rien de ce qui occupe et intéresse l’intelligence et le cœur ?... Vous ne pouvez pas comprendre ça ?... Vous qui êtes toujours occupée, surmenée, fatiguée et utile aux autres, vous ne pouvez pas comprendre que l’on fasse ce que j’ai fait ?... (Gyp, 1913: 74).

En la comedia que nos hemos propuesto analizar, Gyp plasmó una empática protesta contra la dominación masculina y la posición subalterna en la que se encontraban las mujeres de su tiempo. No sería hasta la tercera ola del feminismo en los setenta, marcada por el lema «lo personal es político» de Kate Millett (1934-2017), en 1968, cuando se desarmó la creencia de que las problemáticas que afectaban a las mujeres en el círculo doméstico fuesen problemas personales, y no sociales o políticos. Una máxima feminista que la escritora francesa ya estaba aplicando al ahondar en las perniciosas secuelas que suponía para la salud femenina volcar toda su existencia en la esfera

¹⁶ Un extenso número de infieles literarias, como las heroínas de los clásicos *La letra escarlata* (1850), de Nathaniel Hawthorne; *Thérèse Raquin*, de Émile Zola (1867); *Anna Karénina* (1877), de León Tolstói; *La Regenta* (1884), de Leopoldo Alas «Clarín»; o *El velo pintado* (1925), de William Somerset Maugham, fueron conscientes de su error, de modo que acaban inmersas en el arrepentimiento, aceptando el ostracismo y el escarnio social que implicaba su deslealtad.

¹⁷ Gyp alertó a sus lectoras de las creencias infundadas que se hacían muchas jóvenes antes de contraer sus primeras nupcias. Ilusiones fruto del «amor romántico» que leían en las novelas de su infancia y que distarían en sumo grado de la realidad. Al igual que la protagonista de Flaubert, Yvonne tenía la cabeza repleta de ensoñaciones románticas que, posteriormente, chocarán con la vida monótona de su matrimonio y del pueblo en el que vive. De un modo semejante a Madame Bovary, la heroína de Gyp presenta un concepto idealizado del amor, producto de un personaje heroico de su niñez: Roland, de *La Légende de Croque-Mitaine* (1863), de Ernest l’Épine y Gustave Doré (ilustrador); con el que tras su llegada a Attigny, empezó a soñar despierta (Gyp, 1913: 14-15). Tal era su admiración hacia este caballero ficticio que fue gracias a este idealizado arquetipo de masculinidad por lo que, de niña, aprendió a leer en sólo quince días y, a los dieciocho años, aceptó casarse con su marido. Con todo, a diferencia de Madame Bovary, quien se dejaba llevar por el lujo y el poder económico en sus relaciones extraconyugales, la heroína de Gyp carecerá de tales motivaciones, siendo el verdadero desencadenante de su eventual infidelidad la insatisfacción consigo misma, fruto de su aislamiento rural y de su consiguiente ausencia de proyección en la esfera pública.

doméstica. Es especialmente transgresor que Gyp anotara que la principal causa de la infidelidad femenina se hallaba en la desocupación y la ausencia de trabajo que generaba el enclaustramiento doméstico; mismo desencadenante que, cinco décadas después, percibiría Friedan en las amas de casa de su época (2009: 57; 291). El ejercicio de un trabajo o de una ocupación que interesaran a la inteligencia y el alma de Yvonne –inusitados hábitos femeninos de la alta burguesía– revelan el interés de Gyp por esbozar un arquetipo de feminidad mucho más acorde a la modernidad, donde el desarrollo de la personalidad, las capacidades y la autonomía de las mujeres constituyesen un imperativo moral.

5. Conclusiones

Más allá de esclarecer los factores que abocaban a las mujeres al adulterio, la obra aquí analizada ofrece una profunda reflexión acerca de la virtuosidad femenina y cómo ésta no debía considerarse como un distintivo inmanente a la mujer campesina ni a la vida provinciana en su conjunto. En la literatura decimonónica y del pasado siglo, fue recurrente la asociación de las mujeres oriundas del medio rural con un dechado de virtudes morales que las definían como hacendosas, débiles de carácter o incluso asexuadas, distintivos que difícilmente las inducían al adulterio. Como hemos podido comprobar, este prejuicio fue cristalizando en la prensa española y francesa del primer tercio del siglo XX, convirtiéndose en mucho más que una entelequia literaria, la cual Gyp no dudó en confutar. La escritora bretona alertó a no caer en un peligroso esencialismo que catalogase a las mujeres, en función del entorno en que viviesen, con una moralidad y sensualidad específicas. Esta obra ofrece, pues, una clara denuncia sobre los prejuicios que se atribuían a la moral de la mujer urbana, libertina por antonomasia, frente a la sempiterna virtuosidad de la campesina. Más bien, Gyp sugirió todo lo contrario: era la ausencia de ocio, entretenimiento, trabajo y, en suma, de identidad personal, lo que hacía caer a las mujeres en una gran tedio e insatisfacción consigo mismas. Esta angustia constante era aquello que abocaba a tantas de ellas al adulterio, tras concebirlo como un resorte con el que evadirse, transitoriamente, de su abúlica existencia.

Aunque Betty Friedan ha estado considerada como una de las primeras mujeres en percatarse de esta realidad y conceptualizarla como «el problema que no tiene nombre», el análisis de *L'Amour aux champs* nos demuestra que este fenómeno ya era un mal latente en los dulces hogares de las mujeres decimonónicas y del primer tercio del siglo XX, donde la angustia, el hastío y la desidia eran el resultado lógico de su confinamiento doméstico. Buena muestra de ello es que, como se desprende de esta investigación, la sintomatología investigada por Friedan se advierte nítidamente en la citada obra de Gyp, donde hemos podido hallar numerosos parangones emocionales y conductuales con el síndrome descrito por la feminista norteamericana.

En cuanto a este último aspecto, destaca el hecho de que Gyp pusiera en el punto de mira la doble moral que permitía el esparcimiento sexual del hombre, a la vez que condenaba con vehemencia el adulterio femenino. Bajo una óptica global, a lo largo de la novela analizada, puede percibirse la violencia de género como un *continuum*; es decir, como una problemática sistemática que permeabilizaba en cualquier medio, lugar o circunstancia: desde el acoso callejero de la heroína en París –el cual actúa como desencadenante de su traslado forzado al ámbito rural–, hasta la violencia física, sexual y, especialmente, psicológica que sufre bajo el yugo conyugal. Al abordar un difuso malestar que era común a tantas mujeres, la condesa de Martel hubo de concienciar a sus lectoras sobre los efectos psíquicos y emocionales que entrañaba su reclusión social en el ámbito de lo privado. Frente a dicha violencia, caben diferentes respuestas en la obra estudiada: la condena de la violencia conyugal a través de la sororidad entre sus personajes femeninos, la insumisión ante los códigos estéticos, la lucha diaria frente al acoso callejero o el cuestionamiento de las normas establecidas, manifestada a través de la infidelidad de la heroína.

Con todo, desde una vertiente feminista y aunque Gyp nunca se declarase explícitamente como tal¹⁸, el aporte más sustancial de la obra radica, sin duda, en la conciencia de género que afloró en la protagonista, al constatar que una mujer sin ocupación, cultura, ni implicación en el mundo constituía un ser desprovisto de ambición personal y, por ende, de identidad. En efecto, tal y como plantea el resignificado lema «lo emocional es político» (Nájera, 2020: 185), ha de recordarse que la opresión primera y básica que activa la conciencia feminista es aquella que atañe a los afectos y a los sentimientos. En consecuencia, si se quería evitar que las mujeres cayesen en esta agonía ontológica, era indispensable que el trabajo y la búsqueda de un propósito propio en la sociedad se convirtiesen en una obligación inherente a la condición femenina.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANÓNIMO (1890): «Un suiveur de femmes». *La Dépêche de Toulouse*, 7.833, 2.
 ANONIMO (1903): «Le Drame de la bastille». *La France*, s.n, año 42, 1.
 ANONIMO (1910): «Victime d'un jaloux». *La Petite République*, 12.431, 4.
 ANÓNIMO (1913): «Espíritu rural. La mujer en el campo». *El Día de Palencia*, 7.347, 2.

¹⁸ Cabe especificar que la condesa de Martel, como personaje público, se mostraba en ocasiones ambigua en torno a su adscripción al movimiento feminista, evadiendo, por ejemplo, la pregunta sobre si estaba o no a favor del sufragio femenino (Anónimo, 1932: 9; Romera, 2015: 1382) o negándose a formar parte de la plantilla habitual del diario feminista *La Fronde* (1897-1905). Un ambivalente proceder que contrasta, a todas luces, con la manifiesta conciencia de género y feminista que plasmó a lo largo de su obra literaria (García Fuentes, 2018: 77-99), donde se aprecia una nítida sensibilidad, empatía y protesta contra las violencias infligidas al colectivo femenino.

- ANÓNIMO (1926): «El caso de Real de Gandía». *Fontilles*, 244, 27.
- ANÓNIMO (1929): «Para evitar los piropos soeces». *El Cantábrico* (Santander), 12549, 9.
- ANÓNIMO (1932): «Les lettres. Gyp. Féministe ?». *L'Œil de Paris*, 165, 2 de enero, 9.
- ANÓNIMO (1935): «Les six coups de couteau du mari jaloux qui avait “vu rouge”». *Le Phare de la Loire, de Bretagne et de Vendée*, 41.600, 3.
- ANTILLY, Jeanne d' (1898): «La vie féminine. Causerie. Les “pourquoi” de l'adultère féminin». *Le Journal pour tous*, 46, 7-8.
- ANTÓN DEL OLMET, Casilda de (1902): «A la lumbre del hogar. La educación de la mujer». *La Época*, 18.813, 3.
- ARESTI ESTEBAN, Nerea (2007): «La mujer moderna, el tercer sexo y la bohemia en los años 20». *Dossiers féministes*, 10, 173-85. URL: <https://raco.cat/index.php/DossiersFeministes/article/view/102546>.
- BAROJA, Pío (1907): «Para meditar. Páginas olvidadas». *La Voz de Liébana*, 94, 2.
- CABALLERO GUIRAL, Juncal (2012): «¿Privado? ¿Público? La (des)construcción de una dicotomía patriarcal», in Rosalía Torrent, Sonia Reverter (ed.), *Variaciones sobre género*. Castellón, Universidad Jaume I, 67-75.
- DUMAS, Alexandre (1879): «El divorcio. Según Alexandre Dumas (Hijo)». *El Constitucional*, 3.325, 1.
- FERNAND (1870): «Le suiveur de femmes. Type parisien». *La Sylphide*, año XXX, 3-5.
- FRANCE, Marcel (1911): «L'exode des jeunes Paysannes». *Le Républicain* (Ruffec), 462, 1.
- FRIEDAN, Betty (2009 [1963]): *La mística de la feminidad*. Traducción de Magalí Martínez Solimán. Universidad de Valencia, Ediciones Cátedra.
- GARCÍA BERMEJO, J. (1915): «Tribuna libre. El piropo y los mendigos». *La Correspondencia de España*, 20.831, 4.
- GARCÍA FUENTES, Raquel (2018): «Las subversivas heroínas de Gyp y su impronta feminista en la prensa hispana del ocaso decimonónico». *Filanderas. Revista Interdisciplinar de Estudios Feministas*, 3, 77-100.
- GARCÍA FUENTES, Raquel (2020): «Confluencias y disidencias entre dos *femmes de lettres*: el influjo del feminismo de Gyp en las “originales” andanzas de Colette», in Ángela Muñoz Fernández & Jordi Luengo López (ed.), *Creencias y disidencias: experiencias políticas, sociales, culturales y religiosas en la Historia de las Mujeres*. Granada, Comares, 491-510.
- GINESTOUS, Simone (1935): *Les articles 212, 213, 214 du Code civil. Examen critique de doctrine et de jurisprudence. Thèse pour le doctorat*. Bordeaux, Delmas.
- GLEYZES, Chantal (1994): *La femme coupable: Petite histoire de l'épouse adultère au XIX^e siècle* [paginación no enumerada]. París, Imago.
- GYP (1888): *Mademoiselle Loulou*. París, Calmann-Lévy.
- GYP (1898): «Journal d'un grinchu». *La Vie Parisienne*, 17, 225-228 y 387-391.
- GYP (1913): *L'Amour aux champs*. París, La Renaissance du Livre (coll. « In Extenso »).

- LEBRUN, Albert (1938): «Loi portant modification des textes du code civil relatifs à la capacité de la femme mariée. Art. 213». *Journal officiel de la République française*, 42, 2058-2059.
- LUENGO LÓPEZ, Jordi (2016): «María de la O Lejárraga en *Blanco y Negro*. Columnas, cartas y calendarios ante el advenimiento de la Mujer Moderna». *Revista de Escritoras Ibéricas*, 4, 121-152. DOI: <https://doi.org/10.5944/rei.vol.4.2016.17150>
- LUENGO LÓPEZ, Jordi (2018): «El arte de doñar en los albores del pasado siglo: retazos literarios y periodísticos en torno a los requiebros y piropos del “buen español”». *Bulletin Hispanique*, 120:1, 107-122. DOI: <https://doi.org/10.4000/bulletinhispanique.5486>
- MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio (1915): «La Mujer Moderna IV. Algunos errores trascendentales que cometen las amas de casa». *Blanco y Negro*, 1.244, 32.
- MARTÓN, Martín (1919): «Los tenorios callejeros». *Nuevo Mundo*, 1.328, 10.
- MATTHEY, Arthur (1884): «*La bella Julia* (Folletín)». Traducción de Joaquín Escudero». *La Correspondencia de España*, 9512, 1-2.
- MIGUEL RODRÍGUEZ, Amando de (1998): *El sexo de nuestros abuelos*. Madrid, Espasa Libros S.L.
- MORENO SECO, Mónica [ed.] (2020): «Introducción. Género, creación y transgresión», in Mónica Moreno Seco (ed.), *Activistas, creadoras y transgresoras. Disidencias y representaciones*. Madrid, Dykinson, 13-24.
- NÁJERA PÉREZ, Elena (2020): «El resto de la intimidad. A propósito de feminismo y resistencia», in Mónica Moreno Seco (ed.), *Activistas, creadoras y transgresoras. Disidencias y representaciones*. Madrid, Dykinson, 171-194.
- ORLAC, Mathilde d' (1860): «Causerie sur la mode». *L'Abeille impériale*, 18, 1-3.
- PÉREZ ESCRICH, Enrique (1927): «El corazón en la mano». *El Imparcial*, 20.909, 138-142.
- ROMERA PINTOR, Ángela Magdalena (2015): «Feminismo y misoginia de la Comtesse de Mirabeau-Martel», in Milagro Martín Clavijo et al. (ed.), *Locas: escritoras y personajes femeninos cuestionando las normas: XII Congreso Internacional del Grupo de Investigación Escritoras y Escrituras*. Sevilla, Arcibel Editores, 1370-1385.
- ROMERO, Holguer; Lenin ROMERO & Johanna ARELLANO (2017): «La infidelidad femenina como producto de la violencia intrafamiliar». *Anales de la Facultad de Medicina*, 78: 2, 161-165. DOI: <https://dx.doi.org/10.15381/anales.v78i2.13198>
- S.P.P. (1930): «Hojas del calendario». *Gutiérrez* (Madrid), 171, 16.
- SERRANO, Anastasio (2009): «Relaciones ilícitas, familia y adulterio en *Tormento* de Galdós y *Madame Bovary* de Flaubert». *Isidora: Revista de estudios galdosianos*, 11, 153-164.
- ZEDA (1907): «Crónicas contemporáneas. Lo de todos los días». *La Época*, 20.394, 1.